

«Abrir la puerta para ir a jugar» Cartas inéditas de Julio Cortázar en un diálogo entre dos lectores argentinos

René Lenarduzzi
(Università Ca' Foscari Venezia, Italia)

María Elena Petrilli
(Independent researcher)

Abstract Doctor María Elena Petrilli and Professor René Lenarduzzi pay tribute to Julio Cortázar through a dialogue between two enthusiastic readers of the stories of the Argentinian writer. Doctor Petrilli, a personal friend of Cortázar, an avid reader, tireless traveler and insatiable curious of all that relates to human beings, cites from some of the letters that she exchanged with Cortázar during those years.

Keywords Relationship between migrants and natives. Freedom of speech. The Seventies. Aversion for dictatorships.

Susanna Regazzoni ha invitado a la doctora María Elena Petrilli¹ y a René Lenarduzzi para participar en el Homenaje a Julio Cortázar con una charla que se propuso, simplemente, como un diálogo entre dos argentinos que, como tantos de su generación, leyeron con entusiasmo y admiración los cuentos de Cortázar. La doctora Petrilli fue además amiga personal del escritor y posee muchas cartas que se intercambiaron durante aquellos años. Cabe destacar también su condición de gran lectora, incansable viajera e insaciable curiosa de todo aquello que se relaciona con el fenómeno humano, cualidades que indudablemente han incidido en el aprecio y la amistad que el escritor argentino sentía por ella. Lo que sigue es la reconstrucción de ese diálogo.

1 La doctora María Elena Petrilli es una psicoterapeuta de orientación psicoanalítica licenciada en Psicología por la Universidad de Rosario, Argentina, y más tarde, por la Universidad de Padua. Llegó a Italia con una beca de perfeccionamiento que llevó a cabo en el Hospital Piloto de Trieste colaborando con Franco Basaglia en un proyecto para la Organización Mundial de la Salud. Actualmente ejerce la libre profesión en Venecia y colabora también con diversos servicios públicos sanitarios.

R.L.: - María Elena, recuerdo que me enteré de que habías sido amiga de Cortázar una noche que había ido a tu casa y después de cena sacaste unas botellas de licor, como se hace generalmente en la sobremesa, y dijiste: - «Esta grappa la trajo Cortázar la última vez que estuvo en casa». Cortázar había muerto hacía poco y me acuerdo de esto porque la presencia ahí de esa botella, relacionada con alguien que yo había admirado y ya no estaba, me produjo una sensación muy extraña; una sensación análoga a la que evoca Borges en las líneas iniciales del cuento *El Aleph*:

La candente mañana de febrero en que Beatriz Viterbo murió, [...], noté que las carteleras de fierro de la Plaza Constitución habían renovado no sé qué aviso de cigarrillos rubios; el hecho me dolió, pues comprendí que el incesante y vasto universo ya se apartaba de ella y que ese cambio era el primero de una serie infinita.

Cosas banales como una botella de grappa, un cartel de publicidad de cigarrillos quedan allí mientras los seres queridos se alejan... Aquella noche hablamos de él, pero no de cómo lo habías conocido, por eso creo oportuno empezar preguntándote eso: ¿Cómo conociste a Cortázar? ¿Cómo empezó la amistad con él?

M.E.P.: - Mi contacto con Cortázar empezó por correspondencia. Le escribí una carta a Sudamericana, la editorial que lo publicaba, diciéndole que en una librería de Brasil había visto *Rayuela* en portugués y que me había acercado al libro por la belleza de la tapa: un grupo de pastillas de naranja o limón sobre fondo negro. *Gioco di amarelinha*, así se llamaba el libro y desde ahí arrancaba mi carta. Para mi sorpresa, que más tarde supe que era la de muchos otros que le habían escrito, recibí una respuesta directa, afectuosa, donde me invitaba a visitarlo en París si por casualidad yo viajaba. En febrero de 1972 hice mi primer viaje a Europa y cuando llegué a París lo llamé. Me dio cita en su casa en el Barrio Latino, donde vivía entonces, en un departamento chico repleto de libros. Desde entonces nos escribimos con un cierto ritmo muy marcado por los compromisos de él, que viajaba frecuentemente a Cuba y Nicaragua, más las obligaciones de su trabajo como traductor que lo obligaban a hacer otro tipo de viajes.

R.L.: - ¿Y cuándo se encontraron por primera vez en Venecia?

M.E.P.: - En 1976, ya instalada en Venecia, después de un año de trabajo en el hospital de Trieste, dirigido por Basaglia, me encontré una actividad provisoria, siempre con los Basaglia, para mantenerme, mientras esperaba que terminara la dictadura en mi país, Argentina,

que apenas empezaba su triste recorrido de muerte y desaparecidos. Era parte de mi actividad organizar un encuentro internacional en el instituto «Critica delle Istituzioni». Se me ocurrió invitar a Cortázar, que para mi sorpresa me contestó inmediatamente que estaba dispuesto a viajar y a intervenir. Descubrí así que conocía Venecia muy bien y que era un excelente guía para ver las joyas de la ciudad. Lo primero que me mostró fue *La presentación de María en el templo*, de Tintoretto, en la iglesia de la Madonna dell'orto. Me habló de Ruskin, de *Las piedras de Venecia*. Después fue Carpaccio, y mientras tanto hablábamos sin parar de esa pesadilla que era nuestro país en ese momento y lo que estaba pasando allá día tras día.

R.L.: - Sí, eran los años en que tantos argentinos se iban del país, algunos por propia elección, otros apremiados por graves motivos. Con Cortázar compartías, entre otras cosas, el hecho de que los dos eran argentinos exiliados, era inevitable que hablaran de eso, ¿no?

M.E.P.: - Me doy cuenta de lo difícil que es transmitir las contradicciones de ese momento histórico. Yo estaba feliz de vivir aquí y al mismo tiempo sentía con gran intensidad el dolor por lo que pasaba en mi país. Este elemento en común nos unía mucho. Naturalmente, como yo era muy joven y también banal, durante su primera visita se me ocurrió poner un tango como música de fondo en mi casita veneciana, y Cortázar, con sus buenas maneras burguesas, pero tajante, me preguntó: - «¿Qué te hace pensar que tengo ganas de escuchar a Gardel en este contexto? Inmediatamente advertí que los juegos estereotipados con él no funcionaban. Si uno quería una relación en serio tenía que buscar otra manera de entenderse más allá de los lugares comunes. A propósito de la admiración de Cortázar por Venecia, tal vez valga la pena leer un párrafo de una carta que me escribió el 28 de julio de 1976:

me conmueve lo que contás sobre tu amor por Venecia y la forma en que sentís y ajustás esa ciudad a tu propia persona. Desde que te vi por primera vez en la puerta de mi casa (o antes, desde tu primera carta rosarina), supe que eras a la vez inteligente y sensible, en un dosaje que pocas veces se da, quiero decir en que lo uno conspira contra lo otro. Tu actitud con respecto a Venecia es otra prueba; frente a tanto latinoamericano a quien me encuentro en París llorando por la calle Corrientes o por el patio con malvones de la tía, tu posición me parece la única que puede salvar precisamente todo lo que hay de argentino en vos. Creo que esa misma actitud me ha salvado a mí y me ha mantenido criollo a lo largo de veintiséis años de Francia, que ya es tiempo. Inútil agregar que mi

amor por Venecia me hace sentir todavía más contento de saberte en esa justa y necesaria actitud vital – (me estoy poniendo solemne, de modo que stop).

En otra carta de marzo 1980 decía:

Me preguntás qué pasa aquí con la ola de ‘razismo’ que vuelve a desatarse en Europa. Me encanta tu invención porque en una sola palabra juntás dos cosas que son el nazismo y el racismo. Creo que te lo voy a robar para algún artículo, con tu amable permiso. Y en cuanto al problema en sí, se lo palpa perceptiblemente en Francia, pero a la vez hay bastantes discusiones en la prensa, en la radio, que por lo menos aclaran algunos aspectos del problema. Aquí el pueblo es xenófobo (el escalón de abajo del racismo) y la forma en que califican a los árabes, los negros y en estos tiempos a todos nosotros, es inconfundiblemente hostil. Por su parte, muchos exiliados latinoamericanos hacen todo lo que pueden por manchar nuestra imagen; si les va bien, se vuelven de una pretensión que jode a los autóctonos; si les va mal, casi nunca se autoanalizan para descubrir por qué no son capaces de abrirse camino sino que se vuelven xenófobos al revés. En Venezuela advertí la tensión que hay entre chilenos, argentinos y venezolanos: pienso que también es comprobable en España. El resultado es que nos hacemos una mala fama peligrosa, en la que pagan justos por pecadores. Pienso que cualquier cosa que se haga en ese sentido se debe empezar por poner el dedo en la llaga (lo hice en Caracas y a muchos les reventó) y no creer que el exilio es un mérito o un privilegio. En fin, otro tema para poner en el orden del día de una larga charla.

Como se ve claramente en estos fragmentos de cartas, en la historia de nuestra amistad había un hilo conductor muy fuerte. Y desde ya, ese hilo tenía muchas variaciones, que iban desde lo que él llamaba con ironía «el boom» de la literatura latinoamericana al compromiso personal necesario para poner en evidencia lo que pasaba con las dictaduras. Cortázar desconfiaba de esa fama que había colocado a muchos escritores de esas latitudes en una especie de cumbre sin sombras.

R.L.: - A propósito de la literatura del *boom* y de sus colegas hispanoamericanos, ¿qué opinaba Cortázar de ellos?

M.E.P.: - Tenía sus preferencias y reconocía el talento de muchos, pero no quería que todo quedara encuadrado en un único fresco sin claroscuro. Frente a mis críticas a García Márquez me dio una lección sobre

lo que él definía un «narrador incomparable», que no tenía muchos rivales. No se trataba solamente de la descripción de un lugar especial; los personajes estaban vivos y tenían una fuerza incomparable. Y ese resultado no lo consigue cualquiera. También de Vargas Llosa hablaba con admiración. Le molestaban sus posiciones políticas, que en ese período iba siendo de dominio público, pero estaba dispuesto a pelearse con quien quisiera reducirlo al rol de un reaccionario. Sabemos que adoraba a Lezama Lima y su novela *Paradiso*. Y Juan Rulfo y Octavio Paz eran escritores profundamente admirados por él. Pero hay que decir que en el altar de sus devociones había una enorme variedad de figuras. Me acuerdo bien de que me regaló en su primer viaje a Venecia *Lessico familiare* di Natalia Guinsburg, comprado en la librería de Cosentino, al lado del Correo Central. Su comentario fue: «Puede escribir sobre cualquier tema, por ejemplo, sobre cómo se preparan los zapallitos, pero siempre tendrá algo importante que decir y sabrá contarlo». Ese mismo día me regaló *Ragazze di campagna* di Edna O'Brien y me dijo que me iba a sentir muy cerca de la autora irlandesa que, como yo, había nacido en un pueblo con todas las limitaciones del «pago chico». Tenía toda la razón del mundo, porque fueron autoras que me dieron esa maravillosa sensación de haber encontrado a alguien que sabía expresar sentimientos y emociones que yo misma sentía, pero confusamente.

R.L.: - Volvió varias veces a Venecia después de haberte conocido...

M.E.P.: - Sí, a Venecia vino tres veces, pero las circunstancias fueron muy distintas. La dictadura parecía eterna y los ánimos estaban muy alterados. En una carta del 5 de julio de 1981, comentaba:

He tenido un trabajo abrumador con los problemas de coloquios, TV y mesas redondas con las desapariciones y los derechos humanos. A esto se suma el triunfo de Mitterrand y las obligaciones (estimulantes y muy agradables) que suponen para muchos de nosotros. Acaban de darme la nacionalidad francesa por decisión personal de Mitterrand, que ha querido así mostrar su interés por los problemas latinoamericanos y terminar a la vez con la injusticia de las negativas precedentes. Supongo que los 'patriotas' van a tratarme de nuevo de renegado, etc., aunque muchos que lo hicieron cuando corrió el falso rumor de la naturalización francesa, andan ahora escapados en diferentes rincones del mundo y empezando a comprender lo que su nacionalismo de escarapela no les dejaba ver. Creo que voy a poder ser muy útil en mi nueva condición, pues podré ayudar en los planes del gobierno con respecto al Salvador, Nicaragua y el Cono Sur; ahora por fin puedo escribir lo que me dé

la gana sobre los asuntos franceses, cosa que me estaba vedada, y eso me dará un margen de maniobra mucho más grande.

R.L.: - Es verdad, me acuerdo de que muchos en Argentina no vieron con buenos ojos que Cortázar aceptara la ciudadanía francesa; se trataba de una opinión en la que sospecho una buena dosis de superficialidad y otra de resentimiento... Me alegra que hayas citado este fragmento porque pone en evidencia el profundo compromiso de Cortázar con lo hispanoamericano y cómo la ciudadanía francesa le servía, como él mismo lo dice, para seguir trabajando con mayor libertad de expresión en favor de Latinoamérica. Pasando a otro tema, me parece recordar que Cortázar conocía a Marie Langer,² ¿fuiste vos quien los puso en contacto?

M.E.P.: - Sí, yo traté de favorecer un encuentro con Marie Langer, que también venía a Venecia, con mucho gusto, desde México, y que estaba llevando adelante el programa de Salud Mental de Nicaragua. La Langer, nacida en Viena, tenía su propia historia infantil ligada a esta ciudad donde había pasado unas vacaciones cuando era niña. Ambos colaboraron en publicaciones colectivas pero no se conocieron personalmente; se admiraban recíprocamente. Ella leía con pasión sus cuentos y él se deleitaba con la idea de que alguien del grupo original de los analistas vieneses, aunque de segunda generación, intentara llevar el psicoanálisis al país de la revolución sandinista. Compartían la visión humanista de fondo.

R.L.: - Me acabo de acordar de que hace tiempo leí con gran interés un libro de Marie Langer llamado *Juego y juguetes*; digo esto porque lo relaciono con el carácter lúdico de la obra de Cortázar...

M.E.P.: - Si tuviera que dar un título a esta charla con vos, la llamaría

2 Marie Langer o Marie Lizbeth Glas Hauser, nació en Viena el 31 de agosto de 1910. Al terminar los estudios de bachillerato, ingresó a la escuela de medicina especializándose en psicoanálisis en el Instituto de Formación Psicoanalítica de Viena. Con el ascenso de Hitler al poder, se afilió al Partido Comunista y partió a España para integrarse, como médica, a las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil Española. Más tarde se exilió en Uruguay y luego en Buenos Aires donde en 1942 fue fundadora de la Asociación Psicoanalítica Argentina. En 1969, junto con otros colegas, se separó de esta Asociación a causa de la rigidez de sus estructuras, pero se integró a la actividad gremial como Presidenta de la Federación de Psiquiatras Argentinos. Amenazada por la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A) se exilió en México desde 1974 hasta 1987. Allí fue docente de la Universidad Nacional Autónoma de México y participó en el Equipo Internacional de Salud Mental para apoyar al sandinismo en Nicaragua. Murió en Buenos Aires en 1987. Fue autora de varios libros entre los que destacan *Maternidad y sexo* y *Fantasías eternas a la luz del psicoanálisis*, *Juegos y juguetes*, entre otros muchos más.

Abrir las puertas para ir a jugar, repitiendo una frase de Cortázar que bien resume su posición frente a la vida y la literatura, aunque los eventos históricos, particularmente dramáticos, ponen en evidencia otros aspectos que poco tienen que ver con el placer de jugar, pero sí mucho con la obligación de 'jugarse'. Cortázar no se encerró nunca en una posición solo contemplativa. Se sentía comprometido con todo lo que pasaba en el mundo que le tocó vivir, y si muchas veces fue acusado de ingenuidad por su adhesión a causas no siempre límpidas, fue en todos los sentidos una persona íntegra. Quiso ayudar y favorecer todo aquello que él consideraba justo. Cuando estuvimos juntos en Londres y conoció a un amigo mío, también argentino, que había tenido que soportar un juicio por ser acusado de homosexualidad en el colegio donde daba clases como profesor, inmediatamente le sugirió que se presentara al concurso de Naciones Unidas como intérprete y le ofreció una carta de presentación firmada por él. Fue una idea fantástica: mi amigo entró a trabajar en ese ente y eso le cambió la vida.

R.L.: - Todos aquellos que lo conocieron hablan de ese aspecto generoso de Cortázar, de una persona inmensamente buena y altruista; veo que vos coincidís con esa opinión. Por cierto, podrías contarnos tantas cosas aún sobre él; pero desgraciadamente el tiempo a nuestra disposición se está acabando...

M.E.P.: - Para cerrar quisiera leer otra carta, de marzo de 1983, que muestra cómo él se sentía después de la muerte de Carol, su tercera esposa, y el comienzo de su propia enfermedad:

Tu carta me estaba esperando a la vuelta de Cuba, Nicaragua y México, y me hizo muy bien leerla. En estos tiempos de total soledad (aunque trabajando entre multitudes, pero es lo mismo) volver a encontrarte tal como te conocí me devolvió por un momento ese clima de total confianza en el que siempre nos movimos juntos, ya que no es tan frecuente, por lo menos en mi caso. No es por azar que pensé muchas veces en vos en Managua, en los momentos menos lógicos para eso; ahora sé que era como un deseo de poder entrar por un rato en el círculo de tiza de otro tiempo y otra relación humana, escaparme mentalmente de algo que me abrumaba. El juego político es horrible por momentos, y la convicción de que hay que jugarlo no me ayuda a sentirme mejor. En mi caso, ni siquiera es política, sino simple lucha solidaria por los nicas y los salvadoreños; pero incluso eso tiene su lado de manoseo, de aceptaciones pragmáticas, y entonces poco a poco nace el mal gusto en la boca y es ahí que me ocurre – me ocurrió ahora, el mes pasado – pensar en vos. En nosotros en Londres, mirando una exposición, riendo por la calle.

¿Qué va a pasar después de las elecciones? Ni ganas de hablar de eso, pero siento algo que muerde a la altura del estómago. Perdóname las flojeras de esta carta, pero sé que puedo hablarte así.

Cómo no pensar que el círculo de tiza siempre tiene que ver con el dibujo de la campana, el 'techo' del juego de la rayuela, que hay que jugar aunque a veces estemos cansados, y con poco aliento. Creo que así era la tapa de la primera edición argentina de *Rayuela*: fondo negro y el diseño de una rayuela hecho con una simple tiza blanca.